

—No, gracias.

Retiro la pitillera.

—Al llegar a lo que constituye la colonia del Viso, subió al trolebús una encantadora viajera; llevaba un saco de viaje, que colocó al lado de sus piernas. Perdone; se había sentado enfrente de mí. Tenía bonitas piernas, señor director, puedo asegurarlo. Era alta, rubia, guapa... Colocó sobre sus rodillas el libro que llevaba: «Poemas», de Juana de Ibarbourou. Yo tarareaba una canción francesa; no sé por qué. La señora parecía no mirar. Era guapa, a pesar de sus años; tenía interés. Yo sí la miraba. Comprenda, señor director; no tengo novia...

—¿La pisó usted, al levantarse, acaso...?

—¡Quite usted! allál Nada de eso. Bajaba el trolebús por la calle de Serrano a la altura del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, cuando yo, que pensaba apearme pronto, saqué la pitillera, esta misma que usted ha visto, señor director, y me puse un cigarro en la boca, para encenderlo cuando bajara, por supuesto. Pues bien: ¿le he dicho antes que la señora de las piernas bonitas parecía no mirar? ¡Si, sí! Abrió el bolso —también llevaba un bolso—, y, sacando una caja de cerillas de 0'35, me la ofreció con naturalidad. Con naturalidad, señor director. No sé cómo demonios me expresé en francés, yo, que apenas lo domino: —«Merci bien, mademoiselle; mais je crois qu' il est interdit fumer ici». No me respondió, señor director, y seguramente sabía francés. Sólo sonrió.

—¿Le echaron una multa, por fumar?

—No es por ahí. Después de esto, yo hubiera seguido hablando con ella usted comprenderá. Pero un caballero entrometido me dijo: —«Le van a llamar la atención». «No creo; me apeo en la próxima». «Usted perdone». «¡Vaya al infierno!», le hubiera respondido yo. En definitiva; me tuve que apea, señor director; lo había dicho. Saludé a la dama y refunfuñé al caballero. Eso es todo. Un poco después, hablaba yo con el amigo.

—¿Y bien...?

—¿Cómo que «y bien»? ¿Usted se da cuenta? ¡Hice mal, hice mal, señor director! ¡Me porté como un quinto! ¡Como un alumno! Mire: por más que vigilo, por más que busco cuando monto en el trolebús, ¡no la he vuelto a ver!

—Concretando, dijo el director...

II

—¿Alguna noticia, señor director? ¿Sabe usted algo? O todavía...

A través de los hilos del teléfono escucho la voz cascada del hombre de las gafas de concha.